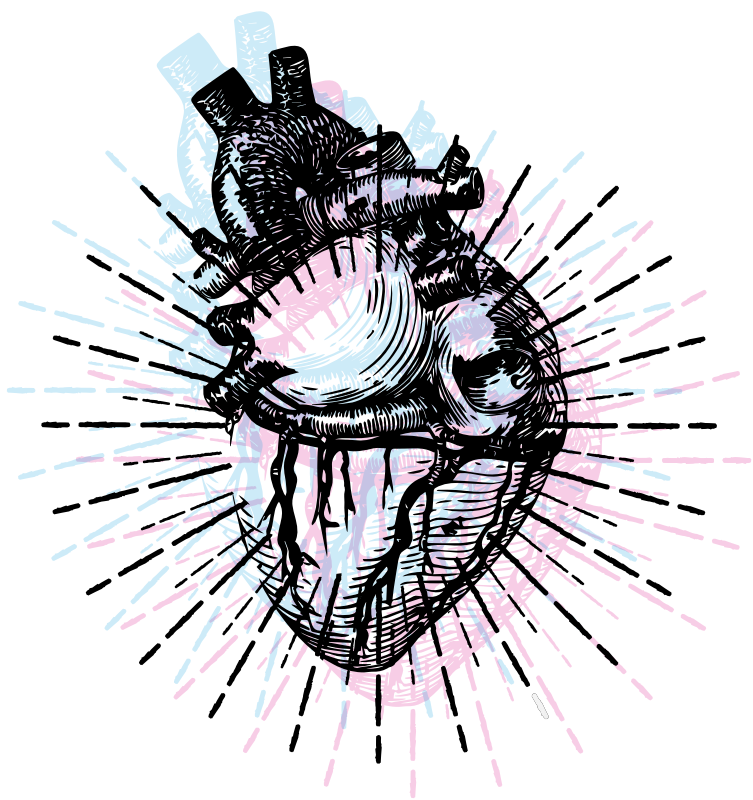


LA PINCHE REVISTA

¡A VER, LÉALE PUES!

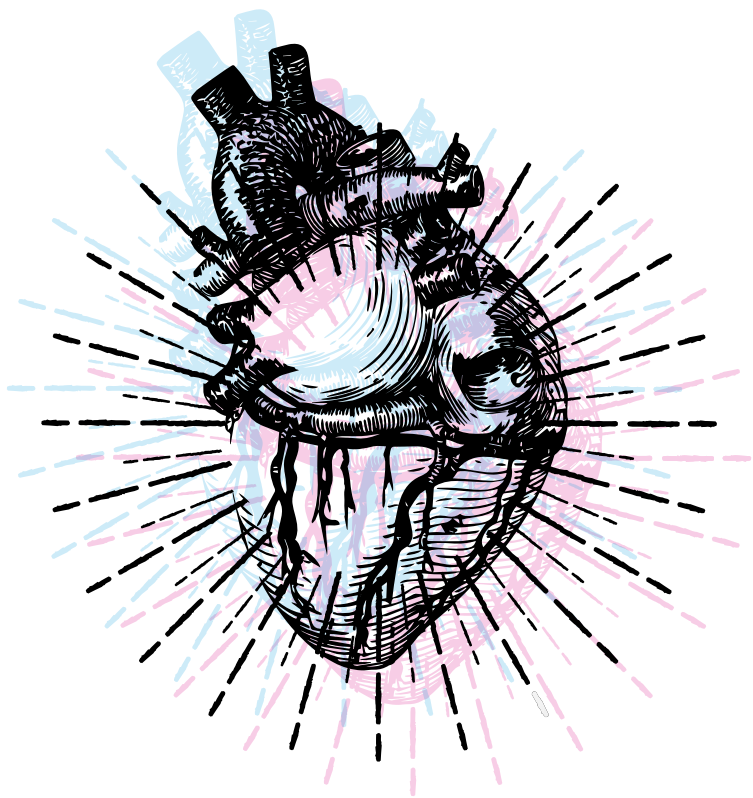


Mariana Veper - Perla García - Óscar Barrón
A. Paula P.V. - Adbeel Domínguez - M. Vazquez
Miguel Ángel Flores Hernández - Guadalupe Guevara

Primera Edición / Septiembre 2019

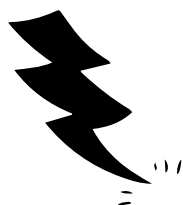
LA PINCHE REVISTA

¡A VER, LÉALE PUES!



Deyci Juárez - Salvador Herrera Martínez
Cristian "Capi" Valdez - Carina Colores
Carina Colores - Hadbeel Domínguez
Roberto Atacama - Diana Arámbula
Eva Gutiérrez - Déjesus González

Primera Edición / Septiembre 2019



CONSEJO EDITORIAL:

Miguel Ángel Flores Hernández
Jair de Jesús González Velázquez

DISEÑO GRÁFICO:

Omar Valentín Suárez Rodríguez

La Pinche Revista
Primera edición
Fue impresa en Guadalajara, Jalisco
Septiembre de 2019
Con un tiraje de 300 ejemplares
Los Derechos de autor y opiniones expresadas
pertenecen a cada escritor.

¡PINCHES GRACIAS POR HACER ESTO POSIBLE!

Envía tu propuesta a:
lapincherevista@gmail.com

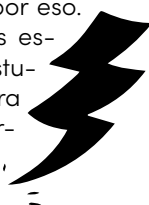
PINCHE PIEDRA

Uno de mis profesores dice, tal vez citando a Lichtenberg, que cuando un grupo de jóvenes quiere cambiar el mundo, no se les ocurre otra cosa que fundar una revista. A decir verdad, no recuerdo si lo escuché en alguna clase o lo leí, pero estoy casi seguro de que la idea no es mía. No importa, la uso ahora para empezar la pinche presentación. ¿Cambiar el mundo con una pinche revista? Pues sí, de eso se trata. Cuando nos unen la noche, el vicio y la literatura, a todos nos da por eso. Aunque nos dé vergüenza aceptarlo. Aunque sepamos que la poesía no sirve para nada, que no cambia el mundo, que es nada más “un espejo en el que se mira el que cambia”.



¿De verdad es tan pinche la revista? ¿Cree el distraído lector que si Lichtenberg la leyera soltaría su lapidaria frase (esta sí es de él)?: “Está bien que los jóvenes enfermen de poesía en ciertos años, pero, por el amor de Dios, hay que impedir que la contagien”. Sabe, puede que sí la soltaría, porque de su burla no se salvaba ni Kant, pero nos lo tomaríamos con una sonrisa, le invitaríamos un trago y platicaríamos largo y tendido en alguna cantina de la ciudad. Ya bien entrada la madrugada, estoy seguro, reconocería a media voz que le fascinó el contagio. Si un pensador de la talla de Lichtenberg nos leería con agrado, ¿quiénes son ustedes para hacerle el feo a la pinche revista? Deben reconocer que es de lo mejor que puede leerse por estos rumbos. Entonces, ¿por qué es pinche la revista? ¿Es despreciable y mezquina? No. ¿De baja calidad? Tampoco, pues sus editores han hecho una gran labor de selección. ¿De bajo costo? Eso puede que sí. Pero no es pinche por eso.

¿Por qué es pinche, pues? A la espera de que los editores escriban el manifiesto de La pinche revista para explicar sus postulados teóricos y su programa de acción, podemos anclar nuestra respuesta en un poema de Sabines, que cito completo porque es breve y dice mejor que nadie lo que dice: „



HAY DOS CLASES DE POETAS MODERNOS

Hay dos clases de poetas modernos: aquellos, sutiles y profundos, que adivinan la esencia de las cosas y escriben: “Lucero, luzcero, Luz Eros, la garganta de la luz pare colores cóleros”, etcétera, y aquellos que se tropiezan con una piedra y dicen “pinche piedra”. Los primeros son los más afortunados. Siempre encuentran un crítico inteligente que escribe un tratado “Sobre las relaciones ocultas entre el objeto y la palabra y las posibilidades existenciales de la metáfora no formulada”. De ellos es el Olimpo que en estos días se llama simplemente el Club de la fama.

¿Los autores de esta revista están, entonces, condenados a la marginalidad? No, pues una revista recoge el hacer literario día con día, y uno nunca sabe si en ella se encuentra un futuro Arreola, Rulfo o Pacheco. Puede que en unos años se estudie esta revista como una joyita literaria. Lo que sabemos, de momento, es que en estas páginas se encuentran 14 autores que aún escriben desde los márgenes del sistema, desde sus bordes. Y desde allí ofrecen sus variadas voces, contagiosas, entusiastas, y de buena factura literaria.

Alfreda Hermosilla



ECO

Hoy vi tu fotografía mientras buscaba como loca las llaves del coche. Tenía el tiempo reducido para llegar a una cita con un cliente. Desde que te fuiste han pasado muchas cosas, por ejemplo ya no lloro tanto y suspiro mucho más, remodelé la casa y llené mi vacío interior conscientemente en brazos cada vez más ansiosos y menos conocidos.



No sé si se le puede llamar fotografía a ese trozo de papel con una imagen ilegible en blanco y negro donde aparece mi nombre y el tiempo que tenías en mi vida. Quise guardarla de nuevo pero no pude. Solté el celular y me senté junto a la cómoda, en mi cama. Por unos instantes mi mente quedó en blanco. No te había olvidado pero aprendí a vivir con tu ausencia y ahora encuentro tu foto y descubro de nuevo ese amor latente que siento por ti.



En un par de semanas yo había imaginado toda una vida a tu lado; nuestra casa, nuestro perro, nuestras tardes. Sentí como ajena la primera lágrima que surcaba su camino por mi cara. Me levanté y salí de la habitación para lavarme. El teléfono no paraba de sonar, probablemente sería mi cliente con un insoportable reproche por mi tardanza pero ambos sabemos que el asunto puede esperar, así que lo ignoro y hacerlo no me es muy difícil.

Llegué hasta el lavamanos y miré mi rostro tan perfectamente maquillado excepto por una mancha negra donde hubo una lágrima. Yo sigo tan igual ¿Cómo serías tú? Lavé mi cara y recorrí la casa. Saboreé en cada paso mi soledad, por primera vez en mi vida estuve disgustado con esa casa tan cuidadosamente diseñada por mí.

¿Qué me está pasando? Desde que dejé la terapia no había sentido esta ansiedad, estas ganas de tenerte entre mis brazos, de ser todo para ti.





II

No sé cuántos días han pasado desde la última vez que te escribí, ese martes por la mañana en que tu fotografía me tomó por sorpresa sin siquiera haber terminado el primer té de cada día. No sé bien en dónde estoy, tengo recuerdos soñolientos de lo que ha pasado. Te escribí porque el psicólogo propuso que lo hiciera cuando tú te fuiste. Ahora es un psiquiatra quien vino a verme, me dio este cuaderno y un par de lapiceras pero no logré entender nada de lo que dijo. Es como si estuviera viendo una película muda. Quizá sea por ese puñado de pastillas que me tomé o la voz imaginada que me recuerda tu nombre. Aquí no hay nada; ni luz, ni sombra, ni día, ni noche. Todo es blanco y sin matices, casi cegador. Sólo está esa voz que surge de mi estéril vientre y que pregunta en dónde estás.

No sé dónde quedó tu fotografía pero la recuerdo a detalle, aunque no sé si se le puede llamar fotografía al pedazo de hoja arrugada y sin color que todo el mundo llama ECOSONOGRAMA.

"No sé cuántos días han pasado desde la última vez que te escribí"

Mariana Verpet



ANORMALIDAD

Niña locura,
ansías directrices.
Vectórico destino,
infame raciocinio.

Trazos esquizoides
vertical soledad
desolada simetría
axial adversidad.

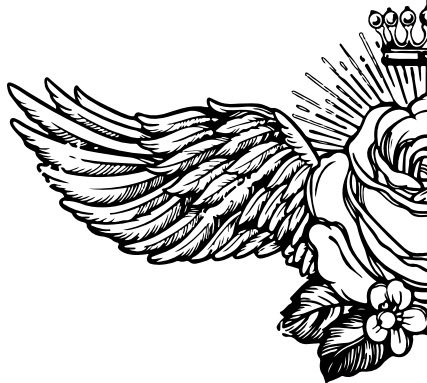
Paralela realidad,
punto de fuga
moralidad,
base
normalidad.

Coordenada asocial,
Incongruencia axonométrica
deficiente eje

Deysi Juárez



SIN VIVIR



El sol ya no se desliza más entre la hierba, ya
no la baña con caricias de oro ni se posa
brillante sobre las copas de los árboles, o si
lo hace, ya no lo veo.

Si aún el cielo estalla
sangre en arreboles al ocaso,
—Ya no lo veo— Si todavía la noche
extiende negro terciopelo
de misterio sobre el horizonte

—Yo— ya no lo veo. Si las sombras juegan
a acariciarse tibiamente
con las luces, tampoco puedo verlo. No lo veo
si lo hago no lo siento.

Ya no siento señor, estoy muriendo en vida
por vivir —estoy muriendo— y en los días
de plata ya no acude
la melancolía,
y si llueve corro a refugiarme y no
piso aquellos charcos, donde antes veía un
mundo claro
reflejado
y si el pájaro vuela o el viento
canta con los árboles, o la
lluvia, cae constante como canción fresca
—Ya no la siento— Vivo sin sentir, más muerto
que vivo
tanto vivir se fugó la vida. Se me murió

Salvador Herrera Martínez



SAN JUAN DE DIOS

Cuando la noche es más negra
bajo los húmedos puentes de San Juan de Dios
a la luz mortecina de lámparas viejas
y a la sombra de las podridas fachadas
se asoman eróticas siluetas, semidesnudas
Las miradas de deseo que recorren las calles
las asedian como hienas.

Soy la sirena muerta
en el océano de vicios
de esta ciudad nocturna.
Mis cantos vagan con el viento
por sus oscuros callejones
llenos de abandono

¡Oh cuervo de la noche!
que tocas a mi puerta
al refugio de mi lecho
al festín de mi piel
buscando el agonizante
calor de mi sexo

Eterno errante
de rojos ojos de lujuria
alas grasientas y nariz ganchuda
ya no, corrompas más mi cuerpo
con tus caricias negras
ya no, penetres tanto mi mutilado ser
¡Ah, no hubo jamás moneda alguna?
que quemara mis manos
¡Fue la luz del día!
los terribles rayos de la mañana
los que ardían como brazas encendidas
sobre mi carne

Ante mí se han cerrado
las puertas del cielo
en la misma Tierra
de nada, sirve arañarlas

Condenada, heme
buscando el pan de cada día
en los deseos bastante oscuros
del hijo de Dios

Heroína ¡Oh salvadora mía!
con tu cálido elixir
incendia mis venas
y con tu efímera
chispa de vida
revive mi alma
Hazme sentirla ¡Una vez más!
para vivir otro día.
Para vivir otro día

*Salvador Herrera
Martínez*

EL REGALO

Aquella noche llovía. Y cuando llueve siempre suceden cosas qué contar, por eso muchas historias inician con la premisa de que los hechos que están próximos a ser narrados, sucedieron una noche en que llovía. Y en parte por eso llueve, para que allí suceda lo que no puede ocurrir de otro modo.

Esto sucedió en una noche en que llovía. El frío golpeaba a sus anchas a un grupo de infortunados, que esperaban bajo un toldo carcomido por el sol, al transporte público. El cielo relampagueaba y mandaba una especie de flashes fotográficos, como si Dios precisara de múltiples y enormes cámaras para capturar a los humanos en desgracia. Como si no tuviera una memoria omnipotente e infinita. Como si no hubiera previsto desde siempre lo que sucedería a causa de la lluvia. Por la hostilidad del viento helado la gente se fue juntando discretamente, unos con otros sin mediar palabra, auxiliándose por instinto ante el desabrigo, sometándose ante la naturaleza como un grupo de animalitos astutados.



Cuando por fin el camión llegó, bajaron de él una docena de personas y subieron cuatro. En su interior el vehículo estaba tibio y el aire se percibía viciado por llevar las ventanas cerradas. Un hombre cualquiera tomó un lugar y percibió un calor benigno que emanaba del asiento, y que ayudaba a mitigar el frío que llevaba consigo. Lo caliente no era otra cosa sino el rastro térmico que dejó otro cuerpo que habitó ese espacio anterior a él, quien, de llevar unos lentes capaces de detectar el infrarrojo, hubiera percibido ese lugar resplandeciente. Siendo así, voluntariamente lo hubiera elegido, pues todo lo que buscaba en ese momento era un consuelo contra el inclemente clima.



que no se detenía ahí, sino que ese calor beneficiaba de alguna manera a todo el cuerpo. Si el hombre fuera más reflexivo, se preguntaría por la identidad de la persona que con sus latidos, con el correr imparable de su sangre y su proceso de respiración, le dejó tan excepcional e íntimo regalo. Su calor.

Si el tipo fuera más conversador con él, diría para sí mismo al sentarse: alguien más estaba aquí. Y se contestaría: ¡Qué delicioso calor! Si el hombre fuera más curioso con la vida, se preguntaría a quién pertenecería esa radiación que calentaba parte de sus piernas, sus nalgas y espalda; pero

Si el tipo tuviera poquita más carisma en el alma, se preguntaría si ese noble ardor emanó de hombre o mujer. Si sería del anciano que con dificultad bajó del camión y al que la lluvia agarró de lleno, o de la muchacha que con agilidad corrió hacia el mismo toldo en que la gente estaba refugiada, pero donde nadie dejó ningún rastro con qué consolarle. Sería del niño con uniforme de primaria

que va sentado al otro lado del pasillo, y que se cambió al asiento recién desocupado para ir junto a su madre; o quizá fuera de la madre.

Tal vez fue el hombre de traje y barba que abrió un paraguas y se fue esquivando arroyos y charcos.



Si el tipo fuera un poco más tirado a la nostalgia y tal vez aficionado a los artículos de ciencia, sabría que eventualmente su cuerpo absorbería ese calor hasta llegar a un equilibrio térmico, y que, finalmente, se disiparía dejándole con la temperatura natural que el organismo se procura desde su fábrica de calor. Cuando eso ocurriera, la calidez sobre la que estaba sentado y que escapó por la piel de otro, se convertiría en un recuerdo. En otras palabras, si el tipo leyera al menos un poema al día, ante la posibilidad latente del recuerdo, se sentiría en la orfandad absoluta, o como si se le fuera a venir una enfermedad de muerte. Y tendría la certidumbre de que se dedicaría el resto de su vida a extrañar a un fantasma.

Si el hombre fuera más comprometido en escarbar en la condición humana, meditaría en esa carne viva refugiada en alguna parte de la ciudad, cuyo portador era un ignorante que desconocía que en el asiento que recién dejó, existía alguien pensándole; alguien que profundizaba en la incógnita de su identidad, en el enigma de sus millones de posibilidades de personalidad y aspecto físico. Que alguien nos piense también debería ser un regalo, diría. Uno que se espera sabiendo que nunca va a llegar, porque el pensamiento se gesta en un lugar privado e inaccesible. Y que alguien nos coloque allí, en un lugar así, debe ser una especie de regalo. Uno del que nunca tendremos certeza, ni aunque alguien nos confiese de su viva voz, que se ha pasado la noche entera pensando en nosotros.

Si el hombre fuera tirado a los romances, pensaría que ese sagrado calor que fue dejado allí como si fuera cualquier cosa, pertenecía al amor de su vida, o a un amor imposible, de esos que se quieren desde el silencio, desde la distancia y desde la imaginación, pero que también son romances.

Si el hombre fuera espiritual, pensaría que la vida, el destino, el karma, el azar, el caos o Dios, le han dejado un noble obsequio, una huella única y fugaz destinada a ser aniquilada por el tiempo, quien en su lista nos tiene a todos. Pensaría que no hay nada más personal que apropiarse del calor que expele otro ser vivo. El calor intrínseco de la vida humana como un lazo invisible que lo ató, por qué no decirlo, con un alma afín a la suya. En eso pensaría muchas horas al día, en la afinidad. Tristemente, el hombre no es nada de lo que anteriormente se ha dicho. Lleva su mente ocupada en otras cosas que nada tienen que ver con su asiento y mucho menos con un amor imposible. En realidad, bien mirado, no hay nada que valga la pena contar de él. Dejémoslo en paz y busquemos nuestra historia en otra parte, antes de que se nos termine la lluvia.

Oscar Barrón

LOS MUROS DE ZARATUSTRA

(A LA MEMORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE)

Ya no podré surcar por los rosales
ya no... no más.
Ya no puedo soportar esta frialdad.
La brevedad que flota sin ningún sentido...
todo lo bueno se cambió,
se amargó,
se propuso a ser sollozo.
Los cielos aún esperan para abrazarle,
todavía soportan la peste y la malicia,
sigo esperando que su destello se fusione.
Con mis letargos e intranquilos recelos,
de mi maldita soledad...

No, no... no ha regresado,
aún no...
El pecado avanza y avanza Zaratustra
inmovilizando los placeres
obscureciendo las miradas...
—Los sordos nos cansamos de ser pacientes—
bajo sus sombras tan profundas,
discutiendo y respirando.

¿Por qué no regresa?, ¿por qué?...

Tengo miedo Zaratustra...
tengo miedo de que sus lustros me devoren
de que sus voces, sus palabras
por siempre se petrifiquen...
que ya nadie las escuche
que ya nadie las entienda.

Temo por el mundo Zaratustra...
temo por los mudos,
por los ciegos.



SUEÑOS FRUSTRADOS

A las dos de la madrugada el cielo suele estar despejado, como si cada estrella estuviese demasiado cerca para saber quiénes somos, pero demasiado lejos para alcanzarla; los gatos ya no maúllan, los niños ya no lloran, los amantes ya no se aman. Al parecer todos duermen, excepto uno.



Desde la acera de la calle San Miguel, se percibe un farolito justo detrás del borde de una ventana, en el segundo piso de lo que parece ser una vivienda colonial del siglo XVIII; la luz que hay dentro desintegra la decoración nocturna para quien sea que contemple el caminar por los adoquines. Tras la ventana se encuentra un hombre, trae una pijama de caricaturas que se mira deslavada. Anda descalzo y sus pies juegan con los bordes del piso, mientras que su mirada está perdida en una hoja en blanco tan cansada de no moverse que se recuesta sin pudor sobre la máquina de escribir.

Son las dos de la madrugada y Luis Manuel no ha logrado escribir una palabra. Se le ha pedido hace un par de días que de favor escribiese varios cuentos para la hija de Don Lorenzo, quien es el dueño de los yacimientos de petróleo del país. Su hija, Mariana, es una pequeña que está a ocho horas de cumplir los seis años, ella le pidió a su padre de regalo un libro escrito por su cuentacuentos favorito, nada más y nada menos que el joven Luis Manuel, quien es su medio hermano aunque Marianita no lo sepa.



Ahorcado por la presión de Don Lorenzo, el puño de hojas en el cesto de basura parece reírse del fracaso del cuentacuentos, Juan Manuel se agarra el cabello con desesperación cada vez que sus palabras fallan.

Mira por su ventana el cielo en su oscuridad, lo contempla. Imagina el día amanecer y por un momento duerme, descansa sólo unos segundos que parecen devolverle la calma.



Son las dos de la madrugada y falta poco para que salga el sol. El cuentacuentos no está cerca de terminar su tarea; y, en su soñar, se reconoce a él mismo derrotado frente a la hermanita que no sabe su verdad. Lágrimas caen de su rostro, y despierta.

Está de regreso incorporado en su silla, la noche le ha dado una última oportunidad. Y Luis Manuel, vencido, comienza a escribir una historia que se parece a la suya y a la de su hermanita Mariana, que se cuenta en un lugar parecido a su hogar, casi con los mismos amigos, casi con las mismas calles, casi con los mismos sueños.

A las dos de la madrugada el cielo suele estar despejado, como si cada estrella estuviese demasiado cerca para saber quiénes somos, pero demasiado lejos para alcanzarla; los gatos ya no maúllan, los niños ya no lloran, los amantes ya no se aman. Al parecer todos duermen, excepto uno.

Desde una de las ventanas de la calle San Miguel, se encuentra Luis Manuel, un cuentacuentos que está a punto de regalar una historia verdadera.

A. Paula P.V.

*"los gatos ya no maúllan, los niños
ya no lloran, los amantes ya no se
aman"*

¡Que los cantares se empañen en un tormento!
¡Que mis piernas se adhieran al silencio!
¡Que mis brazos me prohíban deletrearle!

Me aterra la idea Zaratustra...
me aterra decir aquello que sólo usted escucha:
que el infierno rige sin remedio,
con todas las más crueles pesadillas
donde el arte no es arte
donde no existe la poesía
¡Oh Zaratustra perdónalos!
su paraíso se ha perdido,
se extravió -lo han extinguido-

¡No!...
no me abandone,
no permita que susurre las arduosas verdades.
Ya sé, que es tonto decir todo esto
que seguirá dormido
que seguirá donde esta...

Que lo tengo que confesar al hastío y al espejo,
con todo el dolor de mis suspiros...
¡A muerto Zaratustra!...
¡Se ha extinguido el Súperhombre!
ha fallecido el verbo del verbo,
en el gran mediodía
ya no podrá mirarme —Lo sé—
ya no me responderá...
ya no podrá, ya no...
ya no resucitará, ya no,
no más...
Ya no puede... ya no podrá
Dios sigue dormido,
sigue siendo divino
seguirá crucificado...





¡Los muros se me acercan Zaratustra!
-Los muros que enaltecieron su deceso-Sin todo su
amor o mi esperanza
en el silencio que se olvida
donde no hay nada que mirar
ni las auras, ni las brisas
ni los soles que ultrajaban
¡Ya no habrá nada...ya no!
ya no tengo nada... nadie -Ya nunca seré alguien-

Las murallas se acercan
donde todo fallece...
donde se va mi voz
donde se desvanece
-déjeme escuchar su voz-
por una última vez. Para siempre...
¡Dios ha muerto Zaratustra!
Dios-dios

es usted

Soy yo

Nadie

Nada

Dios

Cristian "Capi" Valdez



BARGUÑO

ES CAR LA TA

Comenzaba el día, el sol entraba ardiente por su ventana ofreciendo la luz y calor que le robarían el sueño. Estaba en su habitación, con las paredes rosadas llenas de dibujos y fotografías, el tocador del lado derecho y, del lado izquierdo aquella puerta de madera cerrada que ocultaba el interior de su armario. Salió de la cama dirigiéndose a aquel mueble para tomar un cambio de ropa limpio y luego ducharse, sentía que la cabeza le estallaba y el piso aún se movía un poco. Se paró frente a la puerta, giró la perilla y al jalarla quedó anonadada, no creyó lo que veía: había un cadáver ahí dentro. Pero, ¿cómo llegó ahí? ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? Desesperada, trató de recordar la noche anterior, buscando la respuesta a sus preguntas. Había bebido demasiado: la música sonaba a todo volumen y los asistentes de la fiesta llenaban el lugar. No había manera de que nadie notase lo que había sucedido, de que no se hubiera realizado un escándalo con tal acontecimiento. Sin embargo, había sucedido y tenía un cadáver en su armario. Llamar a la policía parecía lo más correcto, pero no fue lo que hizo. Y es que si la llamaba, cuando arribaran a casa: ¿qué se supone que diría? ¿quién le creería que no se dio cuenta? Si el cadáver estaba en el armario de su habitación, en su casa. Se llenó de miedo y desesperación, sabía que tenía que sacarlo de ahí rápido, aunque no podía hacerlo sola.

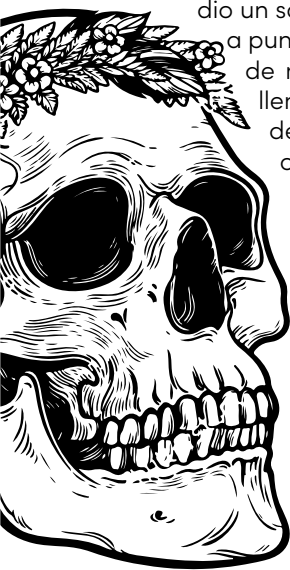
Luego de pensarlo un rato, llamó a la única persona en la que confiaba de aquel pueblo, pidiéndole que volviese a su casa, que lo necesitaba. Cuando llegó, ella le contó lo que pasaba.

Él pensó que se trataba de una broma, hasta que vio la escena.

No dudó en ayudarla, a pesar de que todo parecía culparla. La conocía desde pequeña, sabía que jamás atacaría a alguien, mucho menos le quitaría la vida.

Timoratos, comenzaron con el plan; envolvieron el cuerpo en cobijas, limpiaron el lugar, esperaron que la noche cayera, para convertir a la oscuridad en su cómplice, sin que nadie notara al salir de casa, que aquello no eran sólo cobijas. Cuando llegó la hora, tomaron el bulto, cruzaron la puerta principal y lo subieron al coche junto con otras cosas para esquivar sospechas.





Culposos, se marcharon en dirección al río que estaba cerca, ahí culminaría su acto. Al llegar, bajaron del carro, se cercioraron de que nadie estuviera cerca, tomaron cada uno un extremo del cadáver y pese al remordimiento que ahondaba en sus pechos lo arrojaron al torrente. Ella vio cómo se elevaba rumbo al agua cuando lo soltó, y al caer dentro, con el ruido del chapuzón dio un salto de la cama. Se sintió bañada en sudor, con el corazón a punto de salir de su pecho y la respiración ajetreada, notó que de nuevo estaba en su habitación, con las paredes rosadas llenas de dibujos y fotografías. El tocador del lado derecho y, del lado izquierdo aquella puerta de madera cerrada que ocultaba el interior de su armario.

Salió de la cama, temerosa, dirigiéndose a su armario, parada frente a la puerta de madera decidió abrirla y mirar si el cadáver estaría dentro. Colocó su mano temblorosa sobre la perilla, con los ojos cerrados la giró y jaló la puerta. Abrió sus ojos con la esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño consecuencia del alcohol, pero no. Su sueño había sido mejor de lo que ahora veía. No sólo estaba un cadáver sentado en un banco de sangre, con el vestido rasgado y las piernas amoratadas, con los ojos perdidos y hundidos en aquellas negras ojeras, sino que el rostro que miraba con el maquillaje corrido por el sudor y las lágrimas era idéntico al suyo.

Perla García

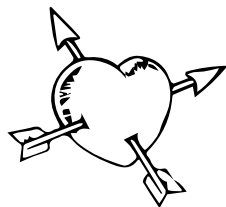


FLOR DE BALDÍO

Un par de violetas sangran por el piquete de un alacrán
y por eso
ella subsiste en algún punto ilimitado del espacio.

Su equilibrio es análogo a dos seres femeninos
que estiran sus espaldas en la contrariedad de una curva
manos de ave
que en sus líneas
buscan donde anclarse

Su cuerpo fluye
mana
fluye en sus formas
opulentos bosquejos
que buscan el umbral de circuito
que gobierna el centro



Quiero desollar su combinación
que un día
una bestia marina corrió a esconderlo.

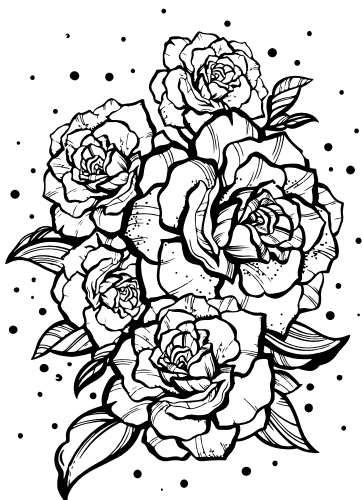
Carina Colares

FIN DEL MUNDO

Mi abuelo el relojero estaba loco
tanto, como sus tiempos de buen cine
y realidad en blanco y negro
¿Alguna vez te imaginaste a Fidel bailando un mambo
con el rostro derretido de tristeza?
Mi abuelo hubiera estado allí
gallardo, con la frente al sol
–“¡Hasta la victoria siempre!” –

El fin de siglo imploraba el fin del mundo
nadie me lo dijo, todavía soy del siglo pasado
también mi padre y el perro...
En el Apocalipsis dios dice que aniquilará
a todos los que fornican

– Seremos libres de pecado –
es posible, que de caernos un meteorito
sea toda culpa de las putas
que la guerra eterna en el Medio Oriente,
absuelta por llevar en la frente
un anticipado código de barras,
por fin, llegue a su fin,
y que la ceguera y el alzhéimer
nos permitan alcanzar el nirvana
de una vez por todas.



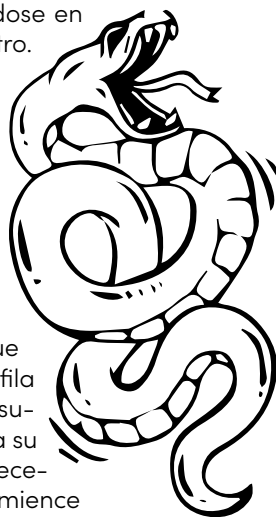
¡Ay de mi abuelo en paz descanse!
debe estar soñando que remplaza los engranes
al despertador de los cielos.
Un día de estos amaneceremos
con un estruendo en nuestras almas.

Hadbeel Dominguez

INSTRUCCIONES CORTAZARIANAS PARA ROMPER UN CASCARÓN

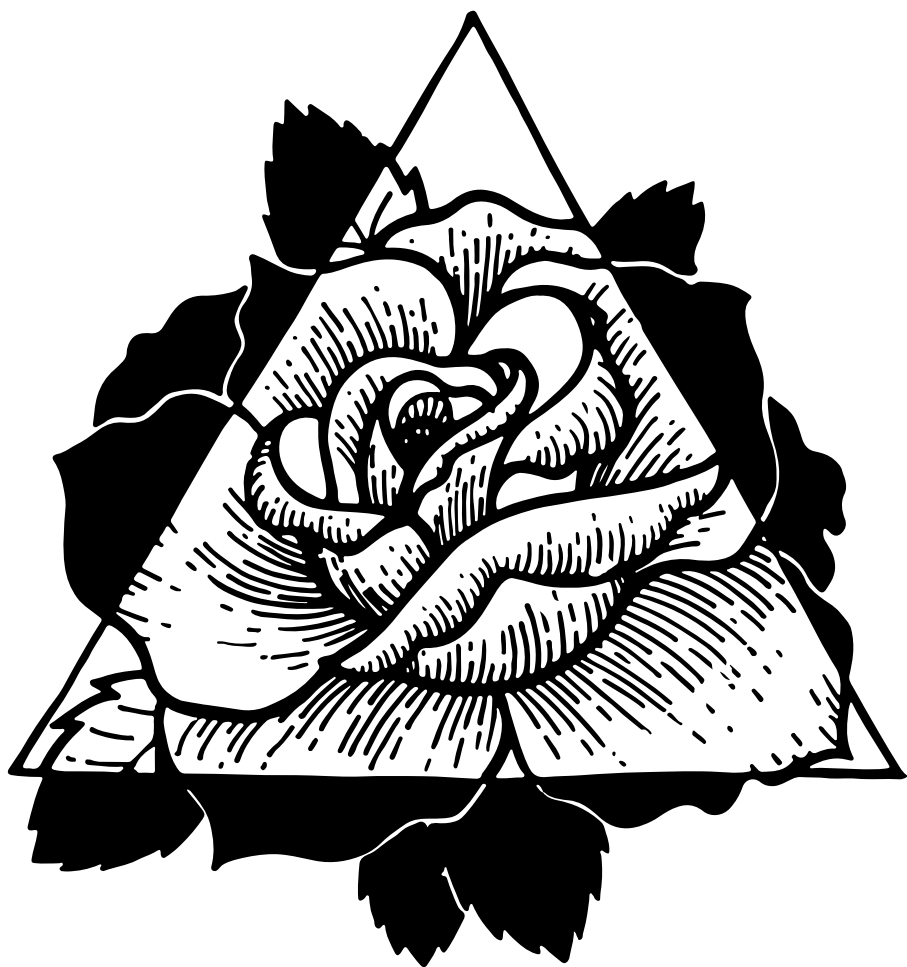
Considere que usted todavía se encuentra en una masa pegajosa y que allá afuera, las corrientes de aire les vuelan la cabeza a los débiles de corazón. La hipoplasia es un mal concuerrido que hay que evitar en lo posible. Comience entonces por escuchar su corazón. Mídase el pulso con el ceño concentrándose en la distancia entre un latido y otro.

Permita que el ritmo se disuelva. Una vez que sospeche que ya no se aproxima otro latido, déjese caer en ese espacio. Si todo fue en marcha hasta aquí, sentirá que le sale una rama en la frente, abra los ojos y dispóngase a afilarla con paciencia hasta formar un pico. Piense en el nombre que le gustaría tener, mientras afila su pico. Una vez que esté lo suficientemente puntiagudo, diga su nombre cuantas veces sea necesario hasta que el cascarón comience a romperse. Notará un espesor cálido en el ambiente al salir.



"Considere que usted todavía se encuentra en una masa pegajosa"

Hadbeel Dominguez





PLEGARIA HÚMEDA

A Álvaro Martínez



Soy hombre sin rostro fijo, en mí, el reflejo de la vida es una aseveración llena de síntomas corpóreos que dan pasaje al recuerdo constante de lo placentero.

La muerte es la muerte; y punto, dicen aquellos que saben. Y por mi rostro han pasado infinidad de hombres, tetas y vicios que aportan carac-

terísticas efímeras que no son vistas por nadie, y por muy agradables que sean, son solo supuestos de una satisfacción constante. Hace algún tiempo, hubo un suceso irreversible, y fue cuando, al fin, obtuve vida. Ese día entré a este cuarto con una sonrisa tenaz y un vaso de vodka en la mano; mis ojos, de manera imparcial, miraron mi reflejo y, como acto inconsciente, me miré deshecho por la bebida. Ese día no hubo tiempo de pensar en más, y mucho menos en coger. Refunfuñando bebí hasta caer en el piso de aquel lugar. La noche llegó; y a mi cuerpo adolorido llegó la cruda que me hizo preguntarme camino a mi hogar, si delante de mí la vida era efímera, o infinita. Y mi respuesta fue simple: quería vivir eternamente. Así que al día siguiente repetí mi rutina, disfruté del placer del alcohol, intenté coger con cualquiera, implorando, con toda mi alma, que quería convertirme en espejo, o en billete, o en monumento, para así, burlar la vida y ser comparsa de la eternidad. Pero ¡qué perra suerte me tocó! al día siguiente, y en plena cruda moral, nadie preguntó por mí, porque así, de la nada y sin decir adiós, había desaparecido. Y, cuál ha sido mi sorpresa, cuando desperté, desperté convertido en un vaivén luminoso, dentro de un recinto insospechado. A lo lejos gemidos, y cerca de mí un vaho, producto del sexo barato y sucio de un motel.

Perra y puta suerte, crudo y convertido en un espejo de motel. Y lo peor, en un motel donde los espejos son utilizados para ver cómo la verga entra en un estado húmedo e inmoral. Vaya forma de entrar a la eternidad, vicios,

alcohol y tetas. Hombres necios, rucos en tratamiento, porque ellos tratan y ellas mienten, o putitos como los que abundan en el centro. O, simple y sencillamente, poses inmorales que hacen que la vista se sienta ofuscada por tantos fluidos. Vaya forma de ser eterno, yo siempre quise ser placer y a cambio miré túneles incomprensibles, y muertes de dos o tres rucos.

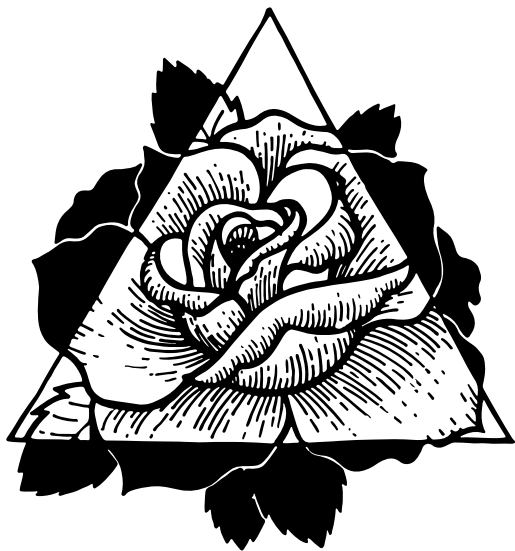
Qué le voy a hacer, por querer ser placer, me convertí en la melancolía definitiva de un mal orgasmo. ¡Oh señor de los cielos! sé que nada cuesta más que la muerte. Y aún me sigo preguntando si nací de tu sangre y tu saliva. ¡Oh señor de los cielos! Yo soy como tú me hiciste, frágil y denso, capaz de cortar el martirio y la ternura con rozar el cuello de hombres y mujeres. ¡Oh señor de los cielos! ¡Te imploro de manera reiterativa me regales un orgasmo!

m. Vazquez

LUJURIA

Se nos olvidó Dios
Ante
la verga azul

Roberto Atacama



NADA, NUNCA

F U I M O S sangre y silencio. Fui tu noche y engaño. Si lo escribo ahora, quizás pueda perdonarlo. No puedo.

¿Tú puedes?

No podemos.

No existe ayer ni mañana, ese pez muerto está apestando nuestras sábanas. La ausencia de tu deseo mató la cordura de mi adolescencia, cuando fingí soledad y flores muertas. Después de ti no es necesaria la mentira. Nada.

Nada, nunca.

Una llave abierta. Agua que se va para siempre. No hay cigarro capaz de cometer absolución. No hay beso que pueda sujetar al universo entre sus labios. Nos mentimos. No hay palabra suficiente para erigir nada nada nunca.

Roberto
Atacama



LA DIARREA COMO ESPERANZA



La camioneta picap gris, se convirtió en un rinoceronte furibundo. No había automóvil que la detuviera. Dentro de ella un ente misterioso no despegaba el pie del acelerador. Los vidrios polarizados aumentaban el misterio de quién demonios llevaba tanta prisa para pasar por encima de la banqueta, un par de perros pegados, un hidrante de bomberos, y terminar arrollando y partiendo en bastantes porciones a un joven motociclista.

“¡Ya le partió en su madre!”, “¡Agárrenlo!”, “¡Dios mío, ese cabrón está loco!”, “¡Una ambulancia, una ambulancia!”, “Ay, virgencita, cúbrelo con tu manto sagrado”, “Fíjense si trae celular”, “Pido la cartera”

Algunos corrieron detrás de la picap gris, aventándole cuanto podían. Otros, los más nerviosos, se quedaron estupefactos mirando el torso sin cabeza, ni extremidades inferiores del otrora motociclista. Los más audaces buscaban y rebuscaban las partes del cuerpo, algunos hasta apostaban de qué parte del cuerpo se trataba lo que encontraban tendido en el asfalto. Un niño de unos once años, con júbilo levantó la cabeza, ya sin casco, del desafortunado arrollado.

“Encontré una pierna”, “Acá hay una mano”, “Esa no es una mano, es un pie, no seas bruto”, “Nomás traía doscientos baros”,

Y así, poco a poco fueron armando, en la esquina de la calle, al casi completo joven. “A ver, a ver, hay que organizarnos, que se vea que somos un barrio civilizado. Si quieren ver al cadáver, será por fichas”

La gente formada de pie, se fue cansando, a tal grado que decidieron sacar sillas de sus casas, sombrillas para el sol, y como la calle estaba cerrada, los pequeños



aprovecharon para echarse una cascarita y reconciliarse con la actividad física, que hacía tanto tiempo no se practicaba en la colonia.

Los vendedores ambulantes arribaron. Había pasado mucho tiempo desde que la zona no se veía tan llena de vida. En contra esquina de donde yacía el reciente difunto, se colocó un puesto de algodones de azúcar, a un costado un puesto de canicas, casi enfrente se escuchaba a todo pulmón el tradicional: "Se va y se corre, con la vieja del pozole", los dardos, el tiro al blanco, la pesca de los patitos de hule, la foto de tres por cincuenta con todo y casco del muertito, todo era algarabía, hasta que llegó el presidente de colonos. De inmediato se montó un improvisado estrado, para cederle el uso de la palabra.

"Queridos compañeros, disculpen que interrumpa este momento. Sé, que desde hace mucho tiempo la economía de la colonia no marchaba tan bien. También sé, que por culpa de los malditos aparatos electrónicos los niños ya no salen a las calles. Nunca se había visto tanta organización como hoy. Pero es mi deber como presidente vecinal, hacer cumplir sus derechos, y por ello, tengo la responsabilidad de hacer frente a mis actos..."

La gente aguardaba en silencio, atenta a la voz del calvo e inflamado presidente.

"Hoy por la tarde, con malestares estomacales llegué al médico familiar, me recomendó descanso por tres días. Y sin vergüenza, les platico, compañeros, que me recetó bastantes medicinas para la diarrea. Sin embargo, compañeros, éstas no causaron reacción inmediata en mi persona. Me vi obligado a pedirle la camioneta a uno de mis



ARTEMISA

Te veo afligida en la pared con la intención de hacer lo que nuestros padres no nos dejan
cuando somos niños
—Garabatos—
Tus primeras palabras son un balbuceo muerto en tus labios
dice tu nombre, dice
m

a

r.



Tan escasa y vasta
¿Cómo el alba nos ha vestido desde el vientre de mamá?
Eres esa noche que forra mis miedos
sonríe, sonríe, no dejes de sonreír
Seremos grandes
Nosotras, gatos, soledad y algo pronunciado, como melancolía.
No temas del desasosiego
teme de las personas que no saben llorar, teme a ser desaparecida
y encontrada a los días muerta
Te quiero fuerte y también te quiero vehemente
Mujercita bañada en flores de amapola, sombra de la luna, caminante verso
Te llamo sirena, encanto femenino, de la dicha de coincidir en este universo-tiempo
Artemisa

R
T
E

f-u-t-u-r-i-s-t-a de mi vida
Luce tus mejores poemas, camina, levántate,
abrázame fuerte
deeeetente
Ya sabes caminar.

*Diana
Arámbula*



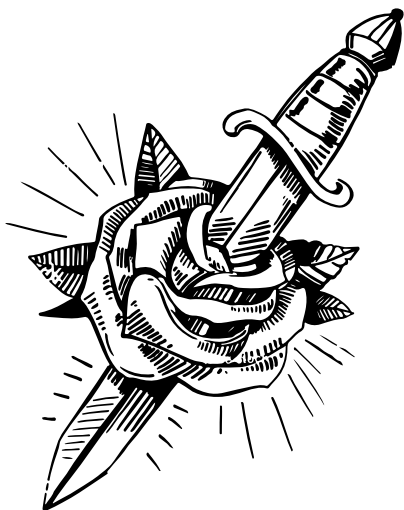


UN POEMO

Que se llame jueves
Que hable sobre no ir a la escuela
Que hable de hambre y sobre colitis
Que no rime, que no se sienta
Que se lea. Pero no se entienda
Un poema
Que hable sobre amor
Niños
Viento
Que se diga;
Casa
Radio
Ardor
Canto
Vida
Un poema
Con ida al infierno
Con pies de fuego
Un poema
Que hable de mí
De enero
Del frío



*Diana
Arámbula*

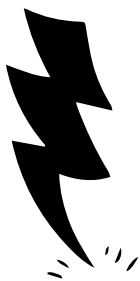


De la gasolina
De AMLO.

Un poema
No violento
Que sepa a beso
Que pase leentoo
Que de risa
Que salve a presos
Un poema malo
Un poema tímido
Un poema solo
Un poema con forma de culo
Un poema de serenidad
Un poema que hable de cualquier cosa
-Montón de basura-
Arranque
Tiempo
Historiedad

De nuevo
Un poema que no se llame jueves.

*"Ay, virgencita, cúbrelo con tu
manto sagrado"*



trabajadores, y sin medir las consecuencias, compañeros, se me atravesaron unos canes, una toma de agua y un loco motociclista. Es aquí cuando les pregunto, compañeros; ¿no es la vida una vieja necia que cuando uno menos lo espera da una nueva visión y una nueva oportunidad a un lugar como el nuestro?, ¿acaso la desgracia no nos ha unido como una pequeña sociedad, haciéndonos volver a nuestros orígenes organizacionales y de buena voluntad?, ¿queremos seguir por este camino de organización, compañeros?, ¿o volveremos a las cavernas, sin tomar las calles, reactivar la economía?, ¿podemos lograrlo juntos, compañeros?, ¡No los escucho!, ¡No los escucho!

El confeti y serpentinas caían despacio, sobre los rostros iluminados y llenos de confianza de los habitantes de aquel lugar. Un nuevo futuro se alzaba después de tantas esperanzas muertas.

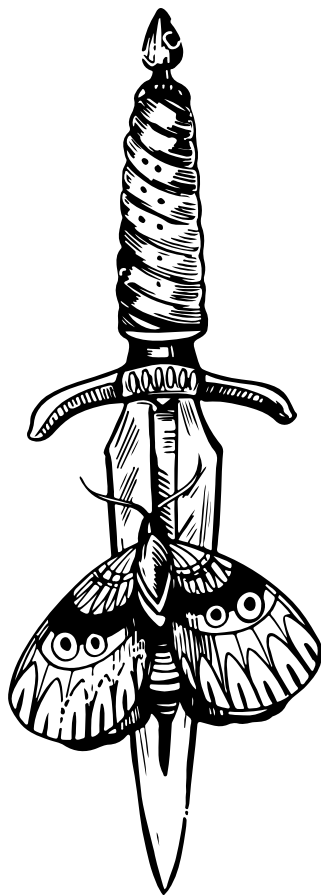
*Miguel Ángel
Flores Hernández*



LUZ

Una luz prostituta universo
Termina
colibrí madre
Mira
La muerte taxi
aunque, el dolor cuchillo

Desde el suicidio de
Jesús
Todo espejo tenue
de silencios
Sin amor



Eva
Gutiérrez

MONEDA DE CAMBIO

Me encuentro sobre el ventanal del quinto piso del hospital donde estoy internada. Mis brazos se encuentran extendidos, sujetándome de los extremos de la ventana, me inclino un poco, el sol refleja lo claro de mi cabello, el aire golpea mi rostro y sonrió.

Mi vecino de cuarto me mira asustado, sus ojos se encuentran muy abiertos, casi redondos, agradezco que tenga puesto un tubo en su laringe, probablemente sin él, ya hubiera emitido algún tipo de grito, y las infelices enfermeras, ya estarían invadiendo la habitación sacando su frustración conmigo.

Adoro esta sensación, la adrenalina de poder caer, empiezo a pensar qué me trajo hasta aquí y en lo que pasaría si me suelto.

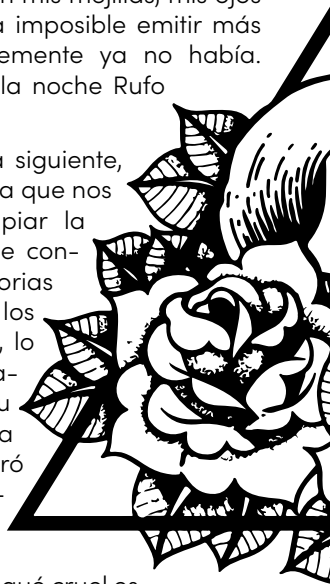
Un recuerdo cruza mi mente: me encontraba sentada en medio de la sala, unos cuantos juguetes estaban tirados alrededor, tendría escasos cinco años, sonó la puerta de enfrente, mi perro ladró, escuché que lloró y dejó de ladrar, los pasos se hacían más fuertes a medida de que se acercaban —¿Qué estás haciendo? —me dijo mi padre con su voz ronca, no dije nada.

Busqué a Rufo por toda la casa, estaba en un rincón del patio. Lo toqué y comenzó a llorar, vi cómo se marcaban sus costillas al tratar de respirar. Grité. Mi padre apareció, ¡Ayúdalo! ¡Ayúda-

lo!, —gritaba con todas mis fuerzas—, ¡ayúdalo!, Es sólo un perro —me dijo—, sentí cómo mi sangre se calentaba, mis piernas temblaban, cerré mi puño y lo miré: mis pequeños ojos cafés se cruzaron con los suyos, eran tan parecidos, sólo más cansados. Dio la vuelta y se fue. Me quedé allí el resto de la tarde, tocando su cabeza, mis lágrimas estaban secas en mis mejillas, mis ojos dolían y me era imposible emitir más lágrimas, simplemente ya no había. A las nueve de la noche Rufo murió.

La mañana siguiente, Dolores la señora que nos ayudaba a limpiar la casa y quien me contaba sus historias de juventud los martes y jueves, lo tomó en sus brazos, acomodó su cuerpo en una bolsa negra, giró su cabeza hacia la esquina donde me encontraba y dijo: ¡qué cruel es tu padre!

A mis quince años ya era todo un caos, todos creían que estaba loca, había golpeado por lo menos a cuatro compañeros en el último año, el peor fue el primero, caminaba por el pasillo de la escuela, cuando ese idiota creyó



que sería gracioso tocar mi trasero, lo noqueé de un golpe, ese día tenía clase de física, el libro de mil setecientas páginas resonó sobre su espalda, tuvieron que llevarlo al hospital. No sé si volvió a caminar.

Mi padre pagó mi fianza, no me hizo ninguna pregunta, no le importaba saber y tampoco me importaba decirle.

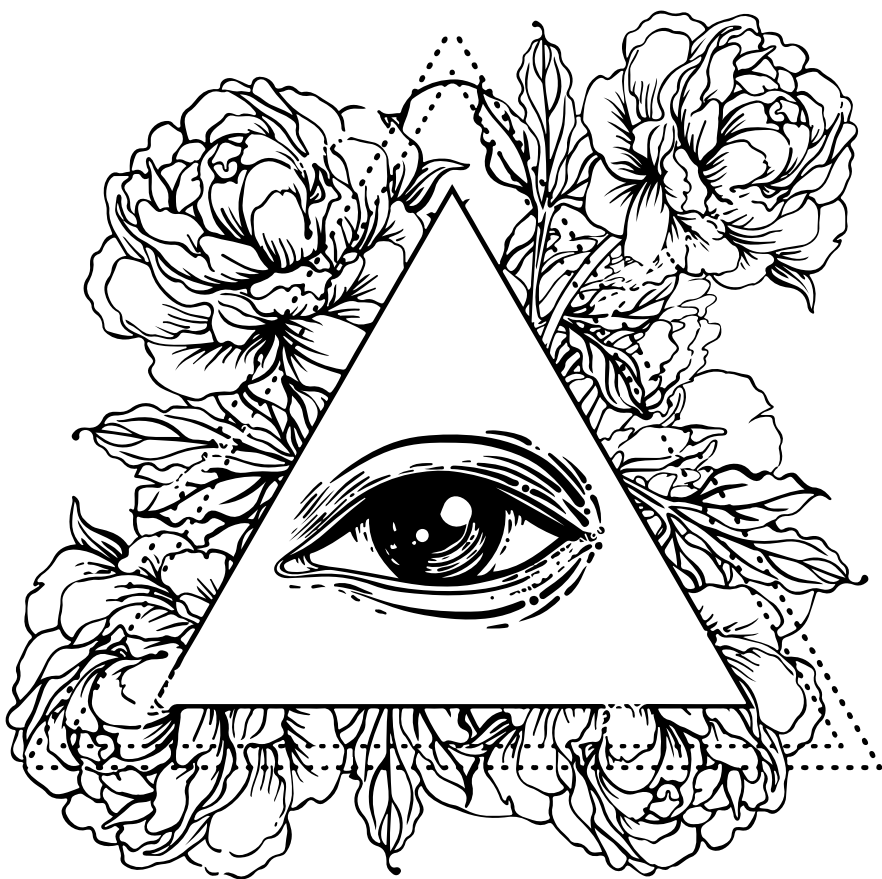
De vez en vez papá llegaba a casa alcoholizado, se desplomaba en el sillón y en ocasiones se movía hasta el día siguiente. Jamás se enteró de la primera vez que tomé una cerveza, cuando probé la marihuana o cuando tuve sexo con Jorge mi compañero de fotografía, en el piso del estacionamiento del estudio, que cuenta con ciento dos marcas de clavos en la pared de la derecha, sí, tuve tiempo de contarlas.

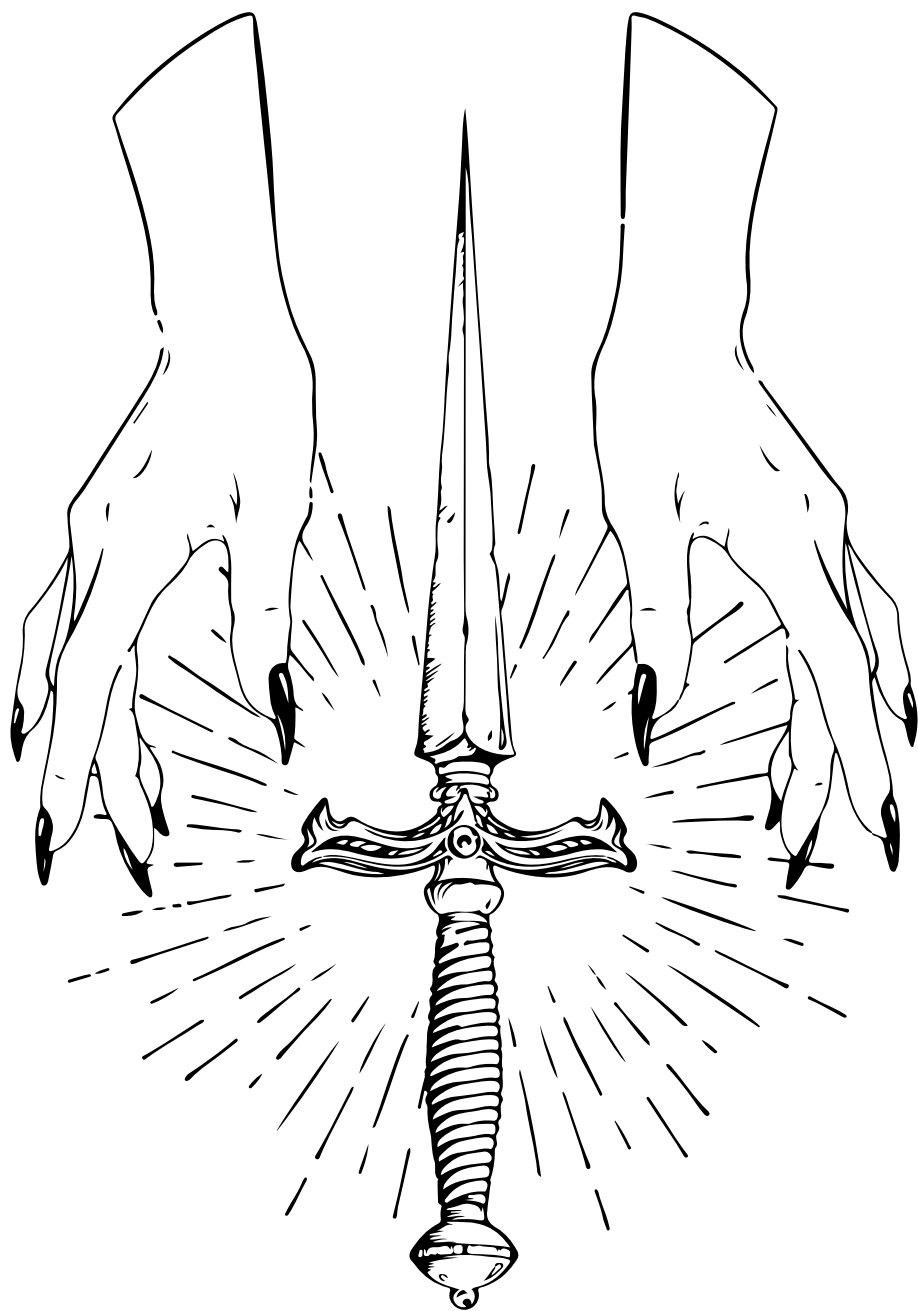
El día de mi cumpleaños dieciocho, papá tocó la puerta de mi habitación, me dijo que saldríamos de viaje, tomé una mochila y puse por lo menos tres cambios para distintos climas, hice un chongo alto con mi cabello rizado y subí al auto. Después de una hora y media de viaje por fin paramos a tomar un poco de agua, estirar las piernas y poner gasolina, papá no dejaba de hablar del día que nací de cómo le costé la vida a su único amor.

Estaba harta, tomé las llaves del auto, encendí el motor y arranqué con mi padre abordo. En algún momento mi padre y yo estuvimos de acuerdo de nuestro odio mutuo, fue entonces que estampé el vehículo contra el muro de contención, él quedo atrapado. Ayúdame, ayúdame — repetía desesperadamente— Es sólo un golpe —le dije—, acaricie su cabeza continuamente hasta que sus ojos se cerraron y dejó de respirar.

Al cabo de unos minutos arribó la ambulancia, revisaron mis pupilas y mi pulso, escuché al paramédico decir que me encontraba en shock. Esto fue apenas unas pocas horas. Ahora, me encuentro aquí mirando a la nada sintiendo el aire en mis mejillas, en una habitación muy blanca que huele a alcohol, una mano ha tomado uno de mis brazos, todos hablan, otros gritan y yo por fin me suelto.

Madaluxe Guayvra





EL SOL MUERTO EN LOS OJOS

Antes de la brasa
un campo minado de violencias permanece
explosión mórbida

gipsófilas desprendidas
de color en coma incandescente
las flores pisoteadas por los mudos
ciegos del blanco
que caminan hacia atrás, atrás

el sonido es lerdo, lejano
apenas mis ojos pueden verlo y llorar cortos cantos que lo imitan
un mastodonte inaudito cae despacio
hasta resquebrajar los tímpanos
para recuperar la belleza en el silencio
un estético rompimiento

y las orejas se esconden en edificios abandonados
mientras una diáspora de insectos acontece

La bala se pregunta al igual que la bomba
si es igual tirar
a un hombre de un disparo en la cabeza
y a incontables casas de un estallamiento



cuando la muerte es privada
del audio sagrado
como el ser humano de elección de guerra o de suicidio

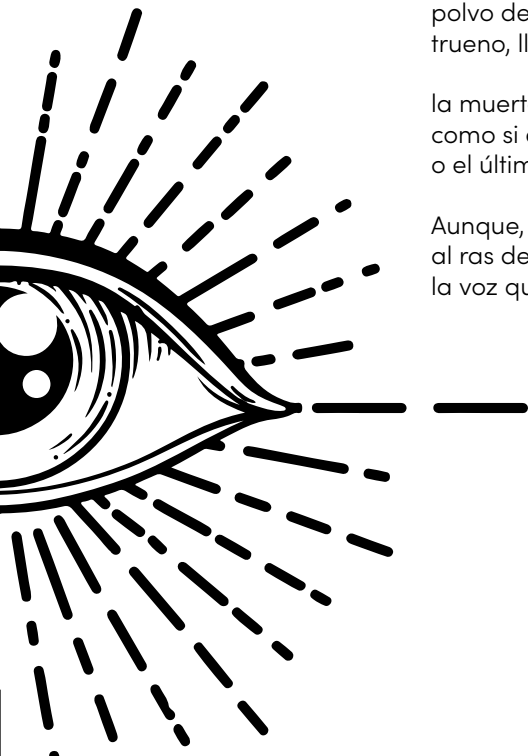
DECIDE SALTAR, DESPLUMARSE EN LA CAÍDA Y DESAPARECER EN UN
INSTANTE, REINTEGRARSE, ESCALAR DE NUEVO A LA CIMA MIENTRAS LAS
PLUMAS CON EL PESO DE UN ANCLA, DEMUESTRAN QUE ES IMPOSIBLE
REGRESAR CUANDO YA HAS CONOCIDO LA LIBERTAD DE UN CISUIDIO

Cayó desde alto, de un edificio
chorro invisible de luz libélula
fundió el viento en un suicidio
con una sonrisa de piel sonámbula

rasgó el cielo de dios en su caída
y expulsó flores encarceladas
polvo de ángel disfrazado de vida
trueno, lluvia y alas devoradas

la muerte voluntaria es prohibida
como si el cáncer no matara mil células
o el último impacto fuera un haz nulo

Aunque, la libertad es ese grito mudo
al ras del túnel. Charco de partículas
la voz que ven las aves en la estampida



*Jair Djesus
González*

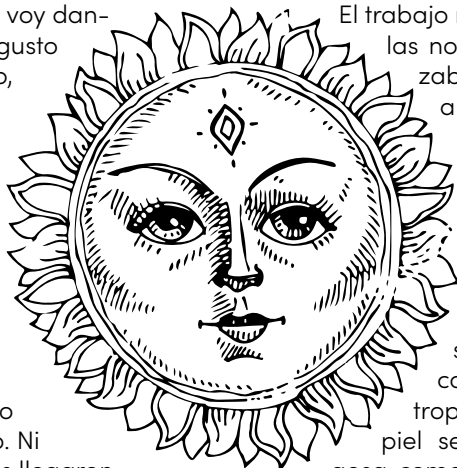
AROMA DE AMANECEER

Ya todas las madrugadas me parecen iguales. Cuando me despierto siempre hay una sombra azul en el techo, aunque está pintado de blanco desde que me acuerdo, y aunque parezca que los amaneceres son todos diferentes, siento que ya me aprendí de memoria los colores que tiene el sol.

Volteo y me doy cuenta de que ella está ahí conmigo, roncando a ratos, que desde hace muchos años se duerme junto a mí, a veces pienso que es su única obligación como señora.

Hace rato que se me fueron esas ilusiones que tenía de joven, en las que quería ver a esa muchacha despertar en mi cama todos los días, y las ganas de poder llamarla "mi mujer", ni yo había pensado que se me fuera a cumplir el deseo. Un tiempo me quiso tanto que parecía mía, yo también la quería mucho, hasta parecíamos mueganitos. Me encantaba agarrar su cabello negro entre mis manos, veía su piel tan morena que se me hacía que tenía sabor a canela. Pero después de un tiempo, todo se quedó en un fue, y no te das cuenta hasta que ya se está echado a perder, como la fruta que dijiste que ibas a comer y dejaste en la mesa abandonada. Al día siguiente ya está toda apachurrada y amargosa.

Hasta ahorita me voy dando cuenta de que el gusto me duró muy poquito, de que esos detalles, como que al despertar te tengan servido tu cafecito en una taza de barro, no son para siempre. Ella ya no me da los buenos días. Ya no le brillaban sus ojitos cuando me miraba, ni se veía fresca como melón recién cortado. Ni hablar de cuando nos llegaron los chamacos, se veía toda demacrada, fueron uno detrás del otro, afortunadamente nomás dos. Entonces, yo todavía no sentía lo que era la rutina porque las travesuras y vagancias que hacían mis crías volvían diferente a cada día, lástima que esto nomás duró poco más de diez años. Los niños crecen y dejan de serlo poco a poco, también nosotros ya no éramos los mismos muchachos recién casados.



El trabajo me dejaba molido por las noches, pero me alcanzaba a dar cuenta de que a mi mujer ya no le brillaban los ojos como antes, que su pelo dejó de verse suavecito para sentirse como un estropajo y que su piel se tornó amargosa como el jabón. La espalda me dolía aunque me acabara de levantar, me sentía como un viejito, ella también parecía estar envejeciendo, arrugándose despacito en un bulto cobijado, nomás dándome la espalda, le colgaban los pies afuera de la cama como si fuera un muerto. Yo sé que también ella se cansa, pero lo que me hacía muy feliz era despertarme y verle sus

ojitos bonitos, hasta le dedicaba las canciones que escuchaba camino al trabajo, pero ahora ya ni eso me inspiran. A la mera y me he vuelto muy frío, pero ya no siento las mismas ansias de antes. “Las viejas se cansan rápido de uno” me dicen mis amigos. “Qué se le va a hacer” les contesto yo, y esa es la verdad: pues qué más voy a hacer, nomás aguantarme. Yo ya estoy viejo para andar de novio, a parte tengo dos hijos que mantener y a la mujer que vive conmigo. No es tan malo como parece, porque ella todas las noches me recibe con algo de comer, aunque la comida le quede desabrida, pero siempre me tiene algo en la mesa para llevarme a la boca. Sí, ya no me habla, sólo oigo el ruido redondo de los platos que lava, se ve tan infeliz, yo nomás la miro sentado debajo del foco amarillo de la sala mientras rasco el plástico rugoso de la mesa, esperando que algo cambie.

Mientras yo jugaba a adivinar de qué color es el techo, la señora ya estaba levantada cocinando más temprano que de costumbre, para que cuando sus hijos se despertaran comieran algo antes de irse a la escuela, ellos que todavía pueden darse el lujo de seguir durmiendo.

—Te hice algo, pa’ que comas de camino o en el trabajo— me dijo, yo hasta me sorprendí, pero no me iba a negar así que lo agarré, un poco sacado de onda.

—Gracias— le contesté mirando el lonche, pero ella no me dijo nada.

Abrí la puerta y me fui yo también sin decir nada más. Me la pasé pensando todo el camino al trabajo, también pensaba cuando estaba en el puesto del mercado, me sentía muy distraído.

—Ponte listo, que se nos va la gente.

Los regaños de mis compañeros me ponían al tiro, mientras pesaba manzanas y ofrecía pedazos de melón a las señoras para que compraran.

—Vengo por el costal de naranjas de la señora de los jugos.

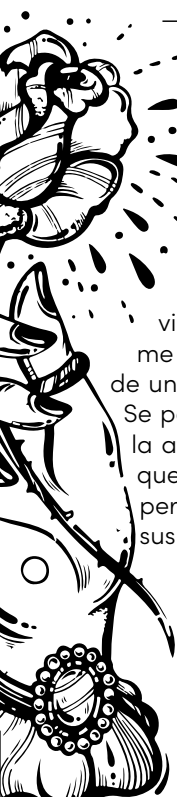
—Ya voy, señora ¿Gusta que se lo lleve?

Estaba arrastrando el costal, cuando volteé sentí que me aflojaba la cara, como si me echaran agua tibia de repente.

—No, muchas gracias. Así está bien no se apure.

Ella agarró el costal casi sin verme la cara y se regresó por donde vino, era chaparra como el bulto que llevaba. Aunque ella no me vio, yo me di cuenta de que tenía una presencia tan calmada y tranquila, llena de una juventud que no se notaba así de rápido, con su boca tan discreta. Se perdía entre toda la bola la gente sin problemas, no necesitaba llamar la atención para darme cuenta de que ella estaba allí. Luego luego sentí que el aire, después de mucho tiempo, me volvía a oler a frutas, a verdes peras, a uvas maduras. En ese rato tuve la necesidad y el deseo de que sus manos aguantaran mi rostro y mi mirada frente a ella todos los días.

Liliana Reynoso Díaz



LA PINCHE



E REVISTA



SCAN ME